

IDENTIDAD, MEMORIA Y COSMOPOLITISMO. APUNTES PARA LA CONVIVENCIA.

Mercedes Jabardo Velasco (UMH)

La memoria intenta preservar el pasado sólo para que le sea útil al presente y a los tiempos venideros. Procuremos que la memoria colectiva sirva para la liberación de los hombres y no para su sometimiento.

Jaques Le Goff

Mientras preparaba esta ponencia llegaron de Francia los resultados de las elecciones municipales y el resultado, no tan sorprendente como planteaban algunos medios de comunicación, fue altamente favorable para el Frente Nacional de Marie Le Pen. Lo peor no era la noticia en sí, siendo preocupante. Lo peor, al menos tal y como yo lo vivía, eran las reacciones de los lectores que esta noticia generó en los distintos medios que consulté (no todos de la misma ideología). En un porcentaje elevado se aplaudía y comprendía el resultado electoral, habida cuenta de la situación que una migración masiva estaba generando en la Unión Europea. Se volvía a utilizar un discurso que ha ido permeando cada vez más en la opinión pública: no hay trabajo ni recursos para todos, nos están invadiendo...

No es la primera vez que en el continente europeo se esgrimen argumentos de carácter nacionalista (lo primero, los nuestros) en contextos de crisis. La socióloga Saskia Sassen en un interesante libro publicado sobre las migraciones masivas en la Europa a lo largo de los últimos doscientos años, (de) muestra como los periodos

favorables a la inmigración van seguidos –de una forma cíclica- de rechazo... y los bucles tienen a su vez mucho que ver con los propios ciclos económicos: a un periodo de crecimiento económico le sigue demanda migratoria, pasado un tiempo el mercado se satura, crisis... y nuevos discursos excluyentes y xenófobos.

Suele ser menos habitual subrayar lo que también hace Saskia Sassen – a propósito, premio príncipe de Asturias- defender los derechos de los inmigrantes siempre ha supuesto la extensión de los derechos de ciudadanía. Por el contrario, luchar por defender la integridad nacional, la protección de los derechos de unos (los de dentro) frente a los otros (los de fuera), ha terminado generando un recorte aún mayor. Yo no creo que sea una cuestión en absoluto baladí los dos procesos que se están planteando paralelos, el aumento de la xenofobia (y los nacionalismos) y el recorte de los derechos sociales (y civiles) de los europeos. Es más, pienso que la lucha o la resistencia a ambos procesos debe ir en paralelo.

En cierta medida fue esta inquietud, que comparto con ustedes, la que me animó a aceptar el reto de participar en esta sesión formativa con una conferencia que introduzca nuevos interrogantes en un trabajo que ya ha ido adquiriendo cierto poso, con la aspiración modesta de ayudar a avanzar en ese objetivo que hay detrás de toda intervención, esto es el cambio o la transformación social.

En primer lugar, interrogándonos sobre el modelo de sociedad al que aspiramos llegar. “Todo proyecto de intervención social -les suelo comentar a mis alumnos de antropología aplicada- tiene que llevar implícito una aspiración utópica”. De hecho, la planificación no es más que la gradación de la utopía.

Suelo también echar mano de la cita de una pensadora que a mí me gusta mucho, bell hooks, para subrayar la capacidad de la imaginación para construir mundos que se salgan del molde de lo inevitable: “Imaginar es dar comienzo al proceso que transforma la realidad”.

Porque creo que la imaginación es sin duda la herramienta fundamental para crear y creer que otros mundos son posibles. Para pensar fuera de las categorías desde donde somos pensados.

Y porque entiendo que en este proceso de crisis y transformación desde donde se está (o estamos) construyendo nuestra propia historia, la imaginación es más necesaria que nunca.

Ernest Bosch dice que “las utopías tienen su temporalidad”, que la imaginación de una vida y sociedades mejores y la aspiración a éstas siempre presentes en la historia humana, varían en formas y contenidos según el tiempo y el espacio. Ellas expresan las tendencias y latencias de una cierta época y de una sociedad dada. Ellas constituyen una conciencia anticipatoria que se manifiesta ampliando las señales y las huellas de las realidades emergentes. Lo que él no dice, pero afirman otros pensadores es que vivimos en una época de utopías conservadoras cuyo carácter utópico reside en la negación radical de alternativas a la realidad actual. Se desacreditan las posibilidades de las alternativas por ser utópico, idealista, irrealista.

Afortunadamente, frente a este pensamiento –que hoy por hoy es todavía hegemónico- se están alzando cada vez más voces que preconizan que otro mundo es posible y que denuncian que todo aquello que no se plantea como real, no es que no

exista, es que es producido como no existente, esto es, como una alternativa no creíble a lo que existe.

El sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos – uno de los ideólogos del Foro Social Mundial, ese que preconiza que otro mundo es posible- plantea como epistemología una “sociológica de las ausencias” cuyo objetivo sea transformar objetos imposibles en posibles.

El ejercicio que propongo que realicemos en la sesión de hoy es un ejercicio de imaginación sociológica, en aras a transformar objetos imposibles en posibles. Voy a tomar para ello –si me lo permiten- uno de los ejemplos de Sousa Santos, que enlaza directamente con la primera de las aporías que planteé: la resistencia común a los discursos xenófobos y a los recortes sociales. Me parece especialmente sugerente la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible que viviendo en sociedades que son obscenamente desiguales, la igualdad sigue sin aparecer como ideal emancipatorio? Y más aún, la respuesta: “La igualdad entendida como aquellos iguales terminó excluyendo aquello que es diferente”. Me resulta sugerente porque en esa explicación parece estar contenida la respuesta europea ante la crisis. Desde estas lógicas excluyentes ha devenido nacionalismo(s) lo que pudo haber sido movimiento emancipatorio... Al menos así se presentan los discursos hegemónicos.

Pero junto a estas voces –que de momento son las que tienen más eco- cada vez son más las que como la de la mente lúcida de Boaventura de Sousa Santos, están indagando y construyendo utopías posibles. Por lo que respecta a la conjunción entre igualdad y diferencia –tan central en las políticas y en las prácticas de la sociedad

contemporánea- aboga por “la posibilidad de diferencias iguales- una ecología de diferencias hecha a partir de reconocimientos recíprocos”.

Lo que yo propongo como guía de trabajo es la búsqueda estratégica de la igualdad como ideal emancipatorio por parte de comunidades constituidas por individuos con bagajes diferentes, pero con un ideario común.

Nótese que hablo de “comunidades” y hago referencia a un “ideario común” como parte del ejercicio de imaginación sociológica. No son entidades de las que podamos partir, pero son realidades a las que podemos aspirar. Son – o podrían ser- el referente utópico desde el que pensar o diseñar el proceso de transformación social.

Y ahí, en este ejercicio, es donde los centros culturales y los proyectos de memoria histórica o visual pueden/podrían explorar nuevas vías.

LA MEMORIA

Desde finales del siglo pasado, encontramos en Europa en general y España en particular una obsesión por un nuevo culto, la memoria. La memoria, como sabemos, es forzosamente una selección en la que operan a un tiempo el recuerdo y el olvido. La memoria es recuerdo. Y el recuerdo tiene también mucho de invención. La memoria ha sido teñida de nostalgia por un pasado que imaginamos desde el presente, por preservar lo que parece que se extingue dentro de las lógicas globalizadoras.

No hay ingenuidad en esta recuperación de cierta memoria histórica. Como dice Jaques Le Goff “la memoria intenta preservar el pasado sólo para que le sea útil al presente y a los tiempos venideros”. Es papel nuestro tratar –como continua diciendo

el autor- que “la memoria colectiva sirva para la liberación de los hombres y no para su sometimiento”.

La cuestión reside en cómo y desde donde (o desde quienes) se construye la memoria colectiva.

¿Hasta qué punto la recuperación de la memoria no contribuye a desviar el ideal emancipatorio de la igualdad recreando imaginarios que sostienen los vínculos de pertenencia a un pasado común (excluyendo al diferente)?

¿Cómo podemos re-pensar el lugar desde la memoria sin amarrarla (ni amarrarnos) a las identidades locales?

Re-pensando el lugar en clave multicultural y pensando las identidades en clave diaspórica.

CONVIVENCIA

Frente a ese modelo que preconizaba la ideología de la globalización, lo cierto es que vivimos en sociedades que lejos de ser homogéneas, cada vez son más multiculturales. Nuestro gran reto es aprender a convivir en ellas. Y ello es sin duda uno de los más importantes que enfrentamos en el siglo XXI, de la misma forma que la vida en las ciudades lo fue para los científicos sociales del siglo XIX. Uno de los más agudos de esta época, el alemán Georg Simmel percibió lo que sin duda es una de las inquietudes que se le generan al ser humano en su encuentro con extraños. “Quien ve sin oír –decía Simmel- está mucho más inquieto que el que oye sin ver”. Él se refería a esas situaciones que generaba el uso del transporte urbano que obligaba a compartir un espacio limitado con extraños durante bastante tiempo. El “otro” extraño se percibía

como una amenaza. El desarrollo de las ciudades obligó pronto a la convivencia entre extraños. Nuestra particular forma de protegernos frente a lo que consideramos amenaza es ubicar a los individuos en categorías reconocibles. Los estereotipos tienen esa finalidad, esa función. Nos permiten colocarnos a cierta distancia del otro sin sentirle como amenaza. El problema es que en las ciudades (y éste es el modelo de habitabilidad que se presenta como hegemónico) se impone la coexistencia, lejos de alimentar una cierta convivencialidad.

La convivencia era más propia de la vida de pueblo, del “cara a cara”, de las relaciones que se construyen del conocimiento mutuo, del intercambio y de la reciprocidad. La vida en las ciudades no invita a este tipo de relaciones. Busca y ampara el anonimato. La soledad. El individualismo.

Las nuevas comunidades multiculturales serían algo así como pequeños pueblos coexistiendo unos junto a otros, cuyos bordes y/o fronteras no son tanto físicos sino mentales. La forma de habitarlas –de desarrollar la convivencialidad- no es ni rural ni urbana, es –o debería ser- cosmopolita.

COSMOPOLITISMO

A menudo se identifica el cosmopolitismo como un ideario asociado a grupos privilegiados. Yo me siento más próxima a un filósofo al que admiro mucho y con quien siento una gran afinidad, Kwame Anthony Appiah. Este pensador –el mismo nacido en el cruce de una suma de identidades- defiende la conversación –las inevitables conversaciones entre quienes pueden o no estar vinculados por el parentesco, la

nacionalidad o el modo de vida- y la progresiva familiaridad con las diferencias como las herramientas para lograr eso que podríamos llamar “cosmopolitismo parcial”, ese modo de pertenecer al barrio en el que estamos y la comunidad humana que nos incluye.

Habría que especificar que como plantea Appiah “lo característico de los cosmopolitas es que demostramos la preocupación que sentimos por nuestros congéneres sin exigirles que sean o se vuelvan como nosotros”

Esta definición, que comparto, es más propia de quienes han construido su identidad desde los límites, desde los márgenes o como el propio Appiah, desde posiciones diaspóricas. Stuart Hall, otro pensador de la diáspora recientemente fallecido fue quien primero habló de identidades diaspóricas para explicar (y explicarse) esas identidades que no pueden construirse desde un solo referente atendiendo a un único pasado común. Personas que se mueven entre dos o más mundos, con dos o más lenguas, con múltiples referencias, personas ya no tienen "raíces" sino "rutas". Y en éstas -en las rutas- van encontrándose. Stuart Hall también nos diría que la identidad cultural no es algo fijo, sino siempre híbrido. Que surge de historias, y de posiciones culturales muy concretas. Que es una manera de "transformarse" más que de ser, que pertenece al futuro tanto como al pasado. Que no es algo que ya existe, trascendiendo lugar, tiempo, historia y cultura. Que está sujeta a continuas transformaciones y al continuo juego de la historia, la cultura y poder (Hall, 1990).

De ello saben mucho todos aquellos que han construido su vida desde el movimiento. Pero también aquellos que se han ido transformando desde la relación con los que se mueven. Y aquí sí que estamos todos implicados.

Existe una resistencia, pese a ello, a traspasar los bordes, las fronteras que limitan aquellas categorías desde nos sentimos seguros. No es todavía una práctica habitual esa forma –cosmopolita- de habitar el espacio multicultural. Y eso que las bases son muy simples: conversación (con los que no comparten la lengua, costumbres, religión) y familiaridad con la diferencia. Sencillamente, con-vivir, saber vivir con otros diferentes.

“Ponerse en la piel del otro” decía Babacar, mi colega senegalés en Madrid cuando compartimos espacio en la Escuela de Mediadores Sociales para la Inmigración. Y es que Babacar es un sabio senegalés que fue cosmopolita sin necesidad de leer a Appiah. O en las palabras de John Berger: “Para intentar comprender la experiencia del otro, es necesario desmontar el mundo tal y como uno lo ve desde el lugar que ocupa en él, y tratar de volverlo a montar bajo la óptica propia del lugar ocupado por el otro”. Él continúa: “Para entender la experiencia del otro, se precisa algo más que desmontar y volver a montar de nuevo el mundo cuyo centro lo constituye ese otro. Es preciso interrogarse sobre su situación, para conocer aquella parte de su experiencia que se deriva del momento histórico dado. ¿Qué le están imponiendo, incluso con su propia complicidad bajo el pretexto de la normalidad? ¿Es nuevo lo que le hacen?”

Las ciudades multiculturales no propician mucho esos lugares de encuentro que faciliten la conversación. Tal vez por ello se hace preciso crear las condiciones para propiciarlo. Ahí es precisamente desde donde pienso que los centros culturales pueden re-definirse multiculturalmente, propiciando, creando espacios.

No será una tarea fácil. Ya lo anticipo. Sin duda tendrán que enfrentar múltiples dificultades para crear espacios de encuentro entre grupos e individuos con intereses

contrastados que la mayoría de las veces incluso conflictúan. Se hace preciso “institucionalizar” la participación. Pero se hace más preciso aún que estos espacios sean abiertos, libres. Todo acto de participación real es también (o puede llegar a serlo) el comienzo de un proceso emancipatorio. Que lo sea o no ya dependerá de las condiciones que articulen o no vivencias y/o experiencias en torno a un discurso común. Y ahí, en este punto, también pueden ser redefinidas los proyectos de memoria histórica y/o visual. Pero eso ya depende de ustedes....

d.